

vés del discurso. De ahí la importancia de la comparación entre *res factae* y *res fictae* –a la que Koselleck dedica otro de los capítulos de esta obra– y la negación de que su diferencia es categórica. La Ilustración identificó la historia con la descripción de una existencia, realidad o verdad desnudas, siendo la ficción el reino de lo poética, la apariencia y lo falso. Con el final del paradigma ilustrado sobre la historia hubo una unión entre los dos ámbitos y la ficción se convirtió en testimonio fundamental sobre lo real: precisamente por ser ficción, por ser lo meramente posible pero no real, es parte fundamental de la historia y en su conjunción con la *res factae* permite la articulación de lo lingüístico con lo extralingüístico, lo que lleva a Koselleck a subrayar la importante “función política de los sueños” (p. 114) y a insistir en la imposibilidad de una historia final, total y unitaria.

Laila YOUSEF SANDOVAL

S. S. PRAWER, *Karl Marx and world literature*, London, Verso, 2011.

Introducirse en el pensamiento del que es, sin lugar a dudas, el filósofo más influyente del mundo moderno, guarda cierta analogía con el acto de adentrarse en un espeso bosque. Podemos elegir

entre múltiples rutas que nos conducen al centro. Lo difícil, como es natural, es salir de él, para lo cual es necesario que recordemos el camino de vuelta. Aferrar el hilo de Ariadna u otro cualquiera es una cuestión de perspectiva. No hay prevalencia de camino alguno frente a otros, ya que no estamos ante un laberinto cuya verdad sea susceptible de ser desvelada de una vez por todas. Sólo en el recorrido mismo llegaremos a saber si nuestra guía no era en realidad más que una falsificación. Esta obra de Praver nos lleva a lo largo de una de esas travesías posibles, una de las muchas “sendas del bosque” que diría Heidegger y, dicho sea de paso, una en la que no hay demasiadas huellas de pisadas. El autor nos entrega un mapa del recorrido desde las primeras líneas: “mucho hay en la temprana vida de Marx que parece predestinarle a una carrera literaria”¹ (p. 1). Y si bien es cierto que esta carrera fue interrumpida nada más comenzar, no disminuyó en absoluto el profundo interés que Marx siempre manifestó por el ámbito literario.

Antes de continuar, y dado que no contamos actualmente con ninguna obra de Praver traducida a nuestro idioma, parece necesario poner al lector en antecedentes. Siegbert Salomon Praver fue profesor de Lengua Alemana y Literatura en la Universidad de Oxford hasta su reciente muerte, en abril de 2012. Sin pertenecer propiamente al círculo de estudiosos marxistas de la literatura, esta

¹ La traducción de las citas corresponde al autor de la reseña.

obra que presentamos, publicada por primera vez en 1976, puede ponerse en relación con las investigaciones de dos autores mucho más reconocidos en nuestro país, como son Raymond Williams o Terry Eagleton, el cual fue durante un largo período profesor en la misma universidad. Con el tiempo, tal y como reconociera George Steiner, *Karl Marx and world literature*, reeditada en 2011 por la editorial Verso, llegó a convertirse en un clásico ineludible a la hora de valorar correctamente la importancia de la literatura en el pensamiento de Marx. La obra se plantea como un recorrido cronológico a través de las múltiples influencias literarias en la obra de Marx, en el cual se muestra no sólo su enorme erudición sino también las distintas posturas que adoptó respecto a la entidad del género literario. La mirada de Prawer se posa sobre cada referencia explícita a una obra literaria; cada mínima alusión es despejada. En sus páginas se encuentra lo mejor de la historiografía inglesa: su profundo rigor a la hora de valorar las fuentes y su afán por documentar hasta la más ligera opinión.

Hay que decir que en la historia de la filosofía no existen muchos autores que se presten a este tipo de investigación, cuya posibilidad reside en la especialización y separación de las disciplinas humanísticas. La relación de la filosofía con la literatura sólo se convirtió en algo problemático con el desarrollo del movimiento ilustrado. Antes de éste nos encontramos una mera diferencia de modalidad en lo que respecta a los modos de expresión. La discusión gira en torno a

cuál de los diversos géneros es más adecuado para aquello que se quiere mostrar. La herencia de la filosofía clásica que, a través del mundo romano, llega hasta el humanismo renacentista, mantuvo la relevancia de la poesía y del mito en la cosmología, la retórica y la teoría política. La filosofía de Agustín de Hipona se concentra en las *Confesiones* tanto como la visión de Dante encuentra su máximo despliegue en *La divina comedia*. Únicamente la escolástica tardía, con su obsesión por la argumentación detallada y la silogística, pretendió determinar la forma literaria que mejor convenía a la filosofía. A pesar de ello, su fórmula sólo se mantuvo dentro de los muros de las Universidades. Para comprender el momento en que esta concepción quedó profundamente trastocada, aunque sea de una manera harto imprecisa, habría de notarse que la filosofía moderna que da paso a una *metafísica de la subjetividad* es contemporánea a la aparición del género novelesco. La novela, a diferencia del relato histórico, requiere del despliegue de una o varias subjetividades, del mismo modo que el *ego cogito* es la premisa del *sum*. Es un principio de la producción novelesca que el ambiente de la obra mantenga una relación de correspondencia, aunque sea inversa, con el estado psicológico de los personajes. Por haber explicitado este principio es por lo que se dice que *Don Quijote* es la primera novela moderna. Tomando por modelo a la obra de Cervantes, surge un siglo más tarde la primera oleada de grandes novelistas ingleses a los que Marx leerá con asiduidad. Las alusiones al *Tris-*

tram Shandy de Lawrence Sterne no se agotan en ese proyecto de juventud titulado *Escorpión y Félix*, sino que llegan hasta sus artículos de crítica social en la Nueva Gaceta Renana (p.153). Eleanor Marx recordará años más tarde el amor de su padre por *Tom Jones* de Henry Fielding (p. 386). En la vecina Francia, Diderot publica *Jacques le Fataliste*, que le sirve de pretexto para introducir la polémica sobre el determinismo propia de su concepción materialista. Rousseau hará lo propio con *Emilio*. Pero en ambas comienza a hacerse patente la pérdida de calidad literaria en pro de la exposición filosófica. La autonomía del ámbito literario se hace definitiva con la llegada de la prensa escrita, y con ella, el tipo de relación que mantiene con la filosofía entra en una nueva fase que llega hasta nuestros días. El lugar que ocupa la filosofía actualmente guarda una profunda analogía con la figura del Asno de Buridán: al no poder decidirse entre la ciencia y la literatura, la filosofía acaba pereciendo como un burdo escolasticismo. Creo que esta tensión es una de esas claves del pensamiento de Marx que la obra de Praver nos invita a atender. Pues si bien es cierto que los últi-

mos escritos de Marx parecen subsumir la filosofía en la que él creía que era la ciencia humana por excelencia, la economía política, no lo es menos que la literatura encarnaba para él la esperanza en una humanidad finalmente redimida. Ella apunta directamente al enigma sobre la situación del espíritu humano bajo el socialismo, aquel sistema que hará imposible la “avaricia y [el afán de] posesión que conducen inevitablemente a una atrofia de las facultades creativas... que [son las que] hacen al hombre auténticamente humano” (p. 126)². Especialmente ilustrativo es el conocido grabado que la *Rheinische Zeitung* publicó en 1843³, en el que se muestra a un joven Marx encadenado a una imprenta mientras el águila coronada que desciende del trono de Prusia le devora el hígado. La referencia a Prometeo, “el santo y mártir más ilustre del calendario filosófico”⁴, es absolutamente explícita. Si Prometeo entrega el fuego a los hombres para que con él desarrollen la técnica que acabará por emanciparles del trabajo, Marx aparece como el gran defensor de la prensa libre, que simboliza tanto la difusión de la verdad como el destino al que apunta la larga historia de

² Recuérdense aquellas palabras de García Lorca publicadas en el periódico La Voz del 7 de abril de 1936: “El día que el hambre desaparezca, va a producirse en el mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la humanidad”. La cita puede encontrarse, entre otros muchos lugares, en Caudet, F., *Las cenizas del fénix. La cultura española en los años 30*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1993, p. 395.

³ Esta imagen ha servido de portada al libro de David Leopold sobre la juventud de Marx, editado recientemente en castellano. Leopold, D., *El joven Karl Marx*, Madrid, Akal, 2012.

⁴ Marx, K., *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro y otros escritos*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 52.

la humanidad: la esperanza en un mundo en que el arte, en sustitución del trabajo, pase a formar parte de la esencia del hombre.

Con todo ello, creo que podemos sentar cuál es la gran cuestión que plantea el texto de Prawer: ¿sería acaso posible dar cuenta del despliegue de la totalidad del proyecto de Marx desde la literatura?⁵ Aún siendo el caso de una reseña, no hemos de vacilar a la hora de valorar esta hipótesis.

Es de sobra conocido que a Marx se le señala como el padre del *materalismo histórico* o *materalismo dialéctico*. Más allá del escaso uso que él mismo hizo de estos términos (el segundo sólo se encuentra en las obras de Engels posteriores a la muerte de Marx), sería absurdo negar que el marxismo se configura en torno a un análisis histórico-económico con características propias heredadas de los escritos de Marx. Sin entrar en detalles, puede decirse que este marco se mantiene intacto hasta el final del estalinismo, cuando empiezan a surgir corrientes heterodoxas que, si son consecuentes, acaban por separarse de la doctrina oficial. Ya en los años sesenta, Louis Althusser, aún en el intento de acabar con la influencia de Hegel, asentaba una vez más la premisa que sostiene a todas las corrientes en el seno

del marxismo. La originalidad del proyecto de Marx puede resumirse en el alumbramiento de una *scienza nuova*: la ciencia de la historia. Todo un edificio sistemático con sus atolladeros y recovecos, una nueva ruta que conduce al corazón del sistema capitalista. Aprender la esencia del capitalismo era el primer paso para salir de él, es allanar el camino de la acción humana. Pero aparte del clima político, la causa determinante en el surgimiento de estas corrientes “disidentes”, es la publicación en Europa de los escritos del joven Marx. A partir de ellos se hace claro que el pensamiento de Marx era mucho más amplio de lo que en un principio se pensaba. Sus profundos conocimientos de economía no eran superiores a su cultura literaria ni a su interés por el arte. Incluso en su obra más sistemática hay citas de Sófocles y de los epigramas de Antípato de Tesalónica. En un artículo de 1854 titulado “La clase media inglesa”, el propio Marx se encarga de dejar clara su postura respecto a la literatura de la época al hablar de:

“La espléndida hermandad de escritores de ficción en Inglaterra (concretamente se refiere a Charles Dickens, Thackeray y Elizabeth Gaskell), cuyas gráficas y elocuentes páginas han promulgado al mundo más verdades políti-

⁵ A este respecto, resultan muy instructivas unas palabras de Peter Sloterdijk pronunciadas en una entrevista para la película-documental de Alexander Kluge “Noticias de la Antigüedad ideológica”. La entrevista se encuentra en la sección “Sobre las metamorfosis de la plus-

valía”, donde establece que “habría que haber prohibido desde un principio leer *El Capital* sin ayuda. Habría que haber creado un canon y haber dicho: “Si uno lee *El Capital* sin tener al lado las *Metamorfosis* de Ovidio, está en el plano equivocado”.

cas y sociales que las proferidas por políticos profesionales, publicistas y moralistas juntos” (p. 237).

La declaración no sorprende si tenemos en cuenta que Marx leyó a Dickens desde mucho antes. El prólogo a la tercera edición de *Oliver Twist*⁶ es un claro ejemplo de crítica al esteticismo remilgado que no busca sino ocultar la realidad, semejante ese “liberalismo de la apariencia”⁷ del que hablará Marx un año más tarde; la *discreción* de la censura prusiana es similar a la *delicadeza* del público inglés a la que alude Dickens. Los personajes de sus novelas son una constante en la obra de Marx, y *Pecksniff* de *Martin Chuzzlewit*, es traído a colación numerosas veces como figura del estilo hipócrita que caracteriza a los escritores de la época (p. 196).

Pero la importancia de las grandes obras de la literatura universal no se reduce a un uso retórico ni a la búsqueda de una “comunidad con los lectores” (p. 54). Muy al contrario, son parte esencial de la investigación, hasta el punto de que anticipan algunos de sus desarrollos teóricos. Veamos dos ejemplos:

La crítica a la usura así como las primeras disquisiciones acerca de la relación entre salario y capital encuentran un claro antecedente en *El mercader de Venecia* de William Shakespeare.

En esta obra, Antonio firma un contrato con un prestamista judío llamado Shylock a cambio de un crédito de tres mil ducados en el que se establece que, en caso de no devolverlo, habrá de pagarlo con una libra de su carne. Marx se sirve de la figura de Shylock para mostrar el modo en que el capital se apropia de las relaciones humanas haciendo que, en este caso, el judío tanto como su cliente, aparezcan como “víctimas y opresores” al mismo tiempo (p. 85). Pero donde la obra de Shakespeare concluye en la imposible equivalencia entre el dinero y la carne cuya extracción acabaría con la vida de Antonio, Marx introduce el salario como clave que resuelve el enigma del capital a la vez que da continuidad a su soberanía. El capitalista ha de competir con otros capitalistas abaratando el salario que “disminuye... los medios de vida de la clase obrera”. Pero este ansia de depredación en busca del “rápido incremento del capital es [a su vez] la condición más favorable para el trabajo asalariado”⁸.

En la única referencia a Balzac en el primer volumen de *El Capital*, Marx elogia su clarividencia al haber expuesto, en su novela *Gobseck*, la acumulación de bienes suntuarios como un signo de decadencia, allanando el camino a la comprensión del proceso de valorización del capital: “Rescatar el dinero de la circu-

⁶ Dickens, C., *Oliver Twist*, Barcelona, Alba, 2010, pp. 17-21.

⁷ *Observaciones sobre la reciente reglamentación de la censura prusiana. Por un rinlandés*, en Marx, K., *Escritos de juventud sobre el De-*

recho, Barcelona, Anthropos, 2008, pp. 55-56.

⁸ En *Trabajo asalariado y capital*, en Marx, K. y Engels, F., *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 1977, p. 99.

lación sería precisamente lo contrario de valorizarlo como capital, y acumular mercancías para atesorarlas pura necesidad”⁹. Puede comprenderse fácilmente que se viera en esta novela un claro anticipo de la noción de plusvalía¹⁰. La descripción descarnada de esa especie de síndrome de Diógenes servía de preludeo a un modo de producción en la que el capital se convertía en un fin para sí mismo.

Si echamos un vistazo al índice onomástico del texto de Praver comprobamos que son cuatro los literatos más citados: Shakespeare, Schiller, Goethe y Heine. En un segundo nivel encontraríamos a Cervantes (al que Marx alude no pocas veces), a Dante o a Balzac. Aún con ello, es importante destacar que estas referencias dependen del período de escritura. Si en su juventud Schiller y Heine acaparan gran parte de la atención, en su etapa como articulista en Londres, la literatura inglesa, de Shakespeare a Dickens, pasa a un primer plano. La intención que subyace al uso de estas citas también pasó por distintos momentos. Ciertamente desde muy joven Marx fue un prolífico lector de las grandes obras de la literatura universal. Su interés llegó hasta el punto de determinarle a escribir un par de obras (una obra

de teatro y una novela) que por supuesto nunca llegaron a publicarse¹¹, pero el primer posicionamiento explícito respecto a su importancia para la comprensión de la realidad social no llega hasta el momento en que Marx inicia el trabajo de su tesis doctoral. En ella nos encontramos con una investigación sobre los atomistas elaborado por un hombre que ya había estudiado en profundidad la literatura griega y la romana, hasta el punto de haber traducido algunos textos de Aristóteles, de Ovidio y de Tácito¹². Las alusiones literarias sirven a la comprensión de la mentalidad de la época, así como de los conflictos sociales. En contraste con los gélidos datos del historiador y su arsenal de documentos burocráticos, las obras de la literatura muestran la conexión entre los hombres y el mundo que habitan. Así, la *Eneida* de Virgilio o las *Metamorfosis* de Ovidio dicen más sobre el mundo romano que, pongamos por caso, la gran obra de Gibbon sobre la decadencia de Roma. Hasta podría decirse que este texto sirve más para conocer la sociedad inglesa del siglo XVIII que la sociedad romana de los últimos siglos del Imperio. Esta idea de la literatura como *indicio* del estado y el desarrollo social llegará a desarro-

⁹ Marx, K., *El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1975, pp. 726-727.

¹⁰ Steiner, G., *La poesía del pensamiento. Del helenismo a Celan*, Madrid, Siruela, 2012, pp. 115-116.

¹¹ Los títulos de estas obras son *Oulanem* y *Escorpión y Félix*. A ambas se refiere en su *Carta al padre*, en Marx, K., *Escritos de juventud*

sobre el Derecho, Barcelona, Anthropos, 2008, p. 46. Para el lector interesado, existe una traducción de la novela incompleta *Escorpión y Félix* en la editorial Tusquets.

¹² *Ibidem*, pp. 46-47.

¹³ Durante su exilio en Londres, “Marx trató de ver la literatura en su relación con la ley y el gobierno. Lo que era verdadero en un caso, lo era

llarse posteriormente en un vocabulario mucho más depurado¹³.

Es normal que los conflictos internos de una escuela construida a la sombra de un autor, tengan su origen en determinados silencios y ambigüedades presentes en su obra. La crítica literaria de corte marxista lo ilustra de una manera precisa. Pues si bien todos los estudiosos están de acuerdo en que la gran aportación de Marx ha sido la de hacer hincapié en el condicionamiento social que subyace a toda obra literaria, se separan cuando toca decidir si la literatura es *ideología* o más bien *praxis* histórica (cap. 5). En el primer caso, la literatura alude al encumbramiento de la dinámica social. En el segundo, apunta a la toma de conciencia, a la revelación de las leyes que rigen una determinada época histórica. Como ya imaginará el lector que conozca la obra de Marx, la consideración de la literatura como ideología es la que acaba triunfando en sus últimos escritos, donde esta aparece subsumida en la estructura económica capitalista, “hostil [por naturaleza] a determinadas formas de producción intelectual [como] el arte o la poesía” (p. 311). Aún así, como Prawer se encarga de demostrar, existen demasiados indicios que permiten señalar que Marx nunca abandonó del todo algunas de las reflexiones presentes en los Manuscritos de París de 1844 (también conocidos como Manuscritos eco-

nómico-filosóficos), el único texto en el que nos encontramos un análisis más o menos desarrollado sobre la sociedad comunista. Es fácil rastrear la importancia que tienen las cartas de Schiller sobre *La educación estética del hombre* en este texto, donde el concepto de alienación (*Enfremdung*) juega un papel muy importante. Si Friedrich Schiller camina en busca del equilibrio entre la belleza ideal “siempre indivisible y única” y “la belleza en la experiencia”¹⁴, Marx pondrá su empresa crítica al servicio de una sociedad donde el dinero haya dejado de usurpar las relaciones humanas (pp. 80 - 82). Más que como *signo* de la época, la literatura tiene función de *ideal*. Como muy probablemente sintiera el propio Marx, en el placer estético de una obra de Shakespeare late el corazón de la universalidad, y con él, la posibilidad de una “verdadera resurrección de la naturaleza, el naturalismo realizado del hombre y el realizado humanismo de la naturaleza”¹⁵.

Dos caminos parece que se han ido abriendo a través de la floresta. Al contar con pocas ayudas al inicio, siempre queda ir arrojando guijarros que señalen una senda a los que vendrán después. Y es que, como bien sabía aquel gran pensador, las grandes obras de la literatura son puntos de luz en el pasado. Pero más importante aún, su potente brillo cruza nuestro presente y refleja signos del porvenir; “la literatura (bien lo sabía Marx),

en el otro... Esta visión holística era típica de un hombre que siempre estuvo buscando las leyes fundamentales y de aplicación general” (p. 231).

¹⁴ Schiller, F., *Kallias; Cartas sobre la educa-*

ción estética del hombre, Barcelona, Anthropos, 2005, p. 245.

¹⁵ Marx, K., *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 2005, p. 141.

no es simplemente un medio de *expresión* –sino que es también, en un grado muy significativo, un medio de *auto-constitución*” (p. 404).

Héctor GARCÍA CID

D. SOTO CARRASCO, *La conquista del Estado liberal: Ramiro Ledesma Ramos*, Valencia, Editorial Kyrios, 2013, 340 pp.

Se trata de un trabajo inédito del profesor Soto Carrasco, especializado en el pensamiento político contemporáneo y en la historia del pensamiento iberoamericano. En este trabajo de investigación, con un fuerte carácter interdisciplinar, el autor ha explicado con gran acierto, la racionalidad de uno de los acontecimientos modernos del siglo XX, el fascismo. Mediante un riguroso análisis filosófico-político, e incluso, histórico-sociológico.

Uno de los hechos más relevantes que ocurrieron en el primer tercio del siglo XX en España y, en Europa, fueron los movimientos fascistas. De ahí, como reza el título *La conquista del Estado Liberal: Ramiro Ledesma Ramos*, el autor se centra en el estudio de la figura del fundador del primer movimiento fascista español. La importancia de las aportaciones del profesor Soto Carrasco, reside en la claridad, contenido académico y precisión en el lenguaje utilizado en una materia tan árida como la que nos acontece, por ello, es justicia elogiar ese esfuerzo académico e intelectual en brindarnos esta creación

literaria, tan compleja en la materia y a la vez tan clara en su lenguaje. Ello permite que este volumen pueda ser leído por personas doctas en la materia y, en general, todo el público.

El libro se divide en una introducción, cuatro capítulos (a su vez divididos en subcapítulos) y en un epílogo final. Dentro del contenido de la obra, se puede observar la amplia bibliografía utilizada por el autor, tanto en autores españoles: Ortega y Gasset, Unamuno, Ledesma, Villacañas Berlanga, Rivera, Giménez Caballer... como autores Europeos de diversos países: Weber, Marinetti, Kosselleck, Richter, Scatolla etc. Una amplia bibliografía que permite hacer un riguroso análisis científico del tema tratado.

Comienza el Soto Carrasco con un planteamiento metodológico y objetivo del análisis del fascismo a través de Ortega “el caso era, según Ortega, que el fascismo se presentó como una irrupción de una nueva forma de legitimidad, que no procedía ya tanto del derecho, como sí de las fuentes carismáticas que asistían al líder de las masas” (p. 10). De todas formas, como señala el profesor, hay que tener en cuenta que Ortega seguía anclado en las categorías políticas liberales del s. XIX. Frente a ese planteamiento del concepto de Estado (liberalismo-clásico), nos encontramos al discípulo Ledesma Ramos. El joven Ledesma, como se pueden apreciar en sus primeros trabajos, fue influenciado por Nietzsche “evolucionó de un romanticismo nihilista hacia una posición abiertamente nihilista” (p. 54). De estas lecturas, el joven fascista comienza a pensar en un pro-